

segun queria, teniendo un corazon de miel para mis aduladores y de acibar para los pobres. Una vez se arrojó á hablarme al bajar del coche un hombre pobre de ropa, pero al parecer decente en su nacimiento. Me expresó el infeliz estado en que se hallaba: enfermo, sin destino, sin proteccion, con tres criaturas muy pequeñas y una pobre mujer tambien enferma en una cama, á quienes no tenia que llevarles para comer á aquella hora, siendo las dos de la tarde. Dios socorra á vd., le dije con mucha sequedad, y él entonces, hincándoseme delante en el descanso de la escalera, me dijo con las lágrimas en los ojos: Sr. D. Pedro, socórrame vd. con una peseta, por Dios, que se muere de hambre mi familia, y yo soy un pobre vergonzante que no tengo ni el arbitrio de pedir de puerta en puerta, y me he determinado á pedir á vd. confiado en que me socorrerá con esta pequeñez, siquiera porque se lo pido por el alma de mi hermano el difunto D. Manuel Sarmiento, de quien se debe vd. de acordar; y si no se acuerda, sepa que le hablo de su padre, el marido de Doña Inés de Tagle, que vivió muchos años en la calle del Aguila donde vd. nació, y murió en la de Tiburcio despues de haber sido relator de esta real Audiencia, y..... Basta, le dije: las señas prueban que vd. conoció á mi padre, pero no que es mi pariente, porque yo no tengo parientes pobres: vaya vd. con Dios.

Diciendo esto, subí la escalera dejándolo con la palabra en la boca sin socorro, y tan exasperado con mi mal acogimiento, que no tuvo mas despiques que hartarme á maldiciones, tratándome de cruel, ingrato, soberbio y desconocido. Los criados que oyeron cómo se proferia contra mí, por lisonjearme lo echaron á palos, y yo presencié la escena desde el corredor, riéndome á carcajadas.

Comí y dormí buena siesta, y á la noche fuí á una tertulia donde perdí quince onzas en el monte: y me volví á casa muy sereno y sin la menor pesadumbre; pero no tuve una peseta para socorrer á mi desdichado tio. Me dicen que hay muchos ricos que se manejan hoy como yo entonces: si es cierto, apenas se puede creer.

Así pasé dos ó tres meses, hasta que Dios dijo: basta.

## CAPITULO VII.

En el que Perico cuenta el maldito modo con que salió de la casa del chino, con otras cosas muy bonitas; pero es menester leerlas para saberlas.

**C**OMO no hay hombre tan malo que no tenga alguna partida buena, yo, en medio de mis extravíos y disipacion, conservaba algunas semillas de sensibilidad, aunque embotadas con mi soberbia, y tal cual respetillo y amor á mi religion, por cuyo motivo, y deseando conquistar á mi amo para que se hiciera cristiano, lo llevaba á las fiestas mas lucidas que se hacian en algunos templos, cuya magnificencia lo sorprendia, y yo veia con gusto y edificacion el grande respeto y devocion con que asistia á ellas, no solo haciendo ó imitando lo que veia hacer á los fieles, sino dando ejemplo de modestia á los irreverentes, porque despues que estaba arrodillado todo el tiempo del sacrificio, no alzaba la vista, ni volvia la cabeza: ni charlaba, ni hacia otras acciones indevotas que muchos cristianos hacen en tales lugares, con ultraje del lugar y del divino culto.

Yo advertí que movia los labios como que rezaba; y como sabia

que ignoraba nuestras oraciones y no tenia motivo para pensar que creia en nuestra religion, me hacia fuerza, y un dia, por salir de dudas, le pregunté, ¿qué decia á Dios cuando oraba en el templo? A lo que me contestó: yo no sé si tu Dios existe ó no existe en aquel precioso relicario que me enseñas; pero pues tú lo dices y todos los cristianos lo creen, razones sólidas, pruebas y experiencias tendrán para asegurarlo. A mas de esto, considero que en caso de ser cierto, el Dios que tú adoras no puede ser otro sino el mayor ó el Dios de los dioses, y á quien éstos viven sujetos y subordinados: seguramente adorais á Laocon Izautey, que es el gobernador del cielo, y en esta creencia le digo: *Dios grande, á quien adoro en este templo, compadécete de mí, y haz que te amen cuantos te conocen para que sean felices.* Esta oracion repito muchas veces.

Absorto me dejó el chino con su respuesta, y provocado con ella, trataba de que se enamorara mas y mas de nuestra religion y que se instruyera en ella; pero como no me hallaba suficiente para esta empresa, le propuse que seria muy propio á su decencia y porte, que tuviera en su casa un capellan. ¿Qué es capellan? me preguntó; y le dije que capellanes eran los ministros de la religion católica que vivian con los grandes señores, como él, para decirles misa, confesarlos y administrarles los Santos Sacramentos en sus casas, prévia la licencia de los obispos y los párrocos.

Eso está muy bueno, me dijo, para vosotros los cristianos que estais instruidos en vuestra religion que os obliga y obedecereis exactísimamente sus preceptos; pero no para mí que soy extranjero, ignorante de vuestros ritos, y que por lo mismo no los podré cumplir.

No, señor, le dije: no todos los que tienen capellanes cumplen exactamente con los preceptos de nuestra religion. Algunos hay que tienen capellanes por ceremonia, y tal vez no se confiesan

con ellos en diez años, ni les oyen una misa en veinte meses. Pues entónces de qué sirven? decia el chino. De mucho, le respondió: sirven de decir misa á los criados dentro de la casa para que no salgan á la calle y hagan falta á sus obligaciones: sirven de adorno en la casa, de ostentacion del lujo, de subir y bajar del coche á las señoras, de conversar en la mesa, y algunas ocasiones de llevar una carta al correo, de cobrar una libranza, de hacer tercio á la malilla ó de cosas semejantes.

Eso es decir, repuso el chino, que en tu tierra los ricos mantienen en sus casas ministros de la religion mas por lujo y vanidad que por devocion, y éstos sirven más bien de adular que de corregir los vicios de sus amos, patrones ó como les llames.

No, no he dicho tanto, le repliqué: no en todas las casas se manejan de una misma manera. Casas hay en donde se hace lo que le digo, y capellanes serviles que no atendiendo al decoro debido á su carácter, se prostituyen á adular á los señores y señoras, en términos de ser mandaderos y escuderos de éstas; pero hay otras casas que no teniendo los capellanes por cumplimiento sino por devocion, les dan toda la estimacion debida á su alta dignidad; ya se vé, que tambien estos capellanes no son unos cleriguitos de palillera, seculares disfrazados, tontos enredados en tafetan ni paño negro, ni son, en dos palabras, unos ignorantes inmorales, que con escándalo del pueblo y vilipendio de su carácter, den la mano á sus patrones para abreviarles el paso á los infiernos en su compañía, ya contemporizando con ellos infamemente en el confesonario, ya tolerándolos en la ocasion próxima voluntaria, ya absolviéndoles sus usuras, ya ampliándoles sus conciencias con más opiniones laxísimas y nada seguras, ya apoyándoles sus más reprehensibles extravíos, y ya en fin, confirmandolos en su error, no sólo con sus máximas, sino tambien con sus ejemplos detestables. Porque ¿qué hará una familia libertina si ve que el capellan, que es ó debe ser un apóstol, un ministro del santuario, un perro que sin cesar ladre contra el vi-

cio sin el menor miramiento á las personas, una pauta viva por cuyas líneas se reglen las acciones de los fieles, un maestro de la ley, un ángel, una guía segura, una luz clarísima y un Dios tutelar de la casa en que vive, que todo esto y más debe ser un sacerdote, ¿qué hará, digo, una familia que se entrega á su dirección, si ve que el capellan es el primero que viste con lujo, que concurre á los bailes y á los juegos, que afecta en el estrado con las niñas las reverencias, mieles y monerías de los más frescos pisaverdes, etc., etc., etc.? ¿Qué hará, digo otra vez, sino canonizar sus vicios y tenerse por santa, cuando no imite en todo al capellan?

Ya veo, señor, que vd. dirá que es imposible que haya capellanes tan inmorales, y patrones tan necios que los tengan en sus casas; pero yo le digo: ¡que ojalá fuera imposible! no hubiera yo conocido algunos originales cuyos retratos le pinto; pero en cambio de éstos hay tambien, como insinué, casas santas y capellanes sabios y virtuosos, que su presencia, modestia y compostura solamente enfrenan no sólo á los criados y dependientes, sino á los mismos señores, aunque sean condes y marqueses. Capellanes he conocido tan arreglados en su conducta y tan celosos de la honra de Dios, que no se han embarazado para decir á sus patrones la verdad sin disimulo, reprendiéndoles seriamente sus vicios, estimulándolos á la virtud con sus persuasiones y ejemplos, y abandonando sus casas cuando han hallado una tenaz oposicion á la razon.

De esos capellanes me acomodan, dijo el chino: y desde luego puedes solicitar uno de ellos para casa; pero ya te advierto, que sea sabio y virtuoso, porque no lo quiero para mueble ni adorno. Si puede ser, búscamelo viejo, porque cuando las canas no prueban ciencia ni virtud, prueban á lo ménos experiencia.

Con este decreto partí yo contentísimo en solicitud del capellan, creyendo que habia hecho algo bueno, y diciendo entre mí, ¡válgame Dios! ¡qué porcion de verdades he dicho á mi amo en

un instante! No hay duda: para misionero valgo lo que peso cuando estoy para ello. Pudiera cojer un púlpito en las manos y andarme por esos mundos de Dios predicando lindezas, como decia Sancho á D. Quijote.

Pero ¿en qué estará que conociendo tan bien la verdad, sabiendo decirla, y alabando la virtud con ultraje del vicio, como lo hago á veces tan razonablemente en favor de otros, para mí sea tan para nada, que en la vida me predico un sermoncito?

¿En qué estará tambien que sea yo un Argos para ver los vicios de mis prójimos, y un Cíclope para no advertir los míos? ¿Por qué yo, que veo la paja del vecino, no veo la viga que traigo á cuestras? ¿Por qué, ya que quiero ser el reformador del mundo, no empiezo componiendo mis despilfarros, que infinitos tengo que componer? Y por fin ¿por qué ya que me gusta dar buenos consejos, no los tomo para mí cuando me los dan? Cierto que para diablo predicador no tengo precio.

Pero ya se ve ¿qué me admiro de decir á veces unas verdades claras, de elogiar la virtud, ni reprobar el vicio, acaso con provecho de quien me oye, cuando esto no lo hago yo sino Dios, de quien dimana todo bien? Sí, en efecto, Dios se ha valido de mí para traer un buen ministro á este chino, tal vez para que abraze la religion católica; y como se valió de mí ¿no se pudo haber valido de otro instrumento mejor ó peor que yo? ¿Quién lo duda?

Pero la Divina Providencia no hace las cosas por acaso, sino ordenadas á nuestro bien; y segun esto ¿por qué no he de pensar que Dios me ha puesto todo esto en la cabeza no sólo para que se bautice el chino, sino tambien para que yo me convierta y mude de vida?

Así debe ser, y yo no estoy en el caso de desperdiciar este auxilio, sino corresponderlo sin demora. Pero soy el diablo. Mientras no veo á mis amigos, ni á mis queridas, pienso con juicio; pero en cuanto estoy con ellos y con ellas, se me olvidan los buenos propósitos que hago, y vuelvo á mis andanzas.

No son estos los primeros que hago, ni el primer sermón que me predicó, varios he hecho, y siempre me he quedado tan Periquillo como siempre, semejante á la burra de Balaam, que después de amonestar al inicuo, se quedó tan burra como era antes.

¿Pero siempre he de ser un obstinado? ¿No me docilitaré alguna vez á los suaves avisos de mi conciencia, y no responderé algún día á los llamamientos de Dios? ¿Por qué no? Hé: vida nueva, señor Perico: acordémonos que estamos empeñados de la cruz á la cola: que somos mortales: que hay infierno: que hay eternidad, y que la muerte vendrá como el ladrón no se espere, y nos cogirá desprevenidos, y entonces nos llevarán toditos los diablos en un brinco.

Pues no: á penitencia han tocado, Periquillo: penitencia y tente perro, que las cosas de esta vida hoy son y mañana no. Buscaré al capellán, lo encargaré de ciencia, prudencia y experiencia: me confesaré con él: me quitaré de las malas ocasiones; y adios tertulias, adios paseos, alameda, coliseo y visitas: adios almuerceitos de Nana Rosa: adios billares y montecitos: amigos: adios Pepitas, Tulitas y Mariquitas: adios galas: adios adios disipación: adios mundo: un santo he de ser desde hoy, un santo.

¿Pero qué dirán los tunantes mis amigos y mis apasionadas? ¿Dirán que soy un mocho, un hipócrita, que por no gastar me he metido á buen vivir, y otras cosas que no me han de saber muy bien? ¿Pero qué tenemos con esto? Digan lo que quisieren, que ellos no me han de sacar del infierno.

Con estos buenos, aunque superficiales sentimientos, me entré en casa de D. Prudencio, amigo mío y hombre de bien, que tenía tertulia en su casa. Le dije lo que solicitaba, y él me dijo: puntualmente hay lo que vd. busca. Mi tío el Dr. D. Eugenio Bonifacio es un eclesiástico viejo, de una conducta muy arreglada y un pozo de ciencia, según dicen los que saben. Ahora está muy pobre, porque le han concursado sus capellanías, y es tan bu-

no, que no se ha querido meter en pleitos porque dice que la tranquilidad de su espíritu vale más que todo el oro del mundo. Le propondré este destino, y creo que lo admitirá con mucho gusto. Voy á mandarlo llamar ahora mismo, porque el llanto debe ser sobre el difunto.

Diciendo esto se salió D. Prudencio: me sacaron chocolate, y mientras que lo tomé dieron las oraciones y fueron entrando mis contertulios.

Se comenzó á armar la bola de hombres y mujeres, y los bandolones fueron despertando los ánimos dormidos y poniendo los pies en movimiento.

Como á las siete de la noche ya estaba la cosa bien caliente, y yo me habia sostenido sin querer bailar nada, acordándome de mis buenos propósitos, causando á todos bastante novedad mi chiqueo, pues nadie me hizo bailar aun después de gastar la saliva en muchos ruegos.

Yo bien queria bailar, sobre que estas fiestecillas eran mi flanco más débil: los pies me hormigueaban; pero queria ensayarme á firme en medio de la ocasión, y mantenerme ileso entre las llamas, y así me decia: no, Perico, cuidado: no hay que desmayar: nadie es coronado si no pelea hasta el fin: ánimo, y acabemos lo comenzado: mantente tieso.

En estos soliloquios interiores me entretenia, satisfechos en que mis propósitos eran ciertos, pues me habia sujetado á no bailar en dos horas, y habia tenido esfuerzo para resistir no sólo á los ruegos y persuasiones de mis amigos, sino tambien á las fiadas instancias de varias señoritas, que no se cansaban de importunarme con que bailara, ya porque meneaba bien las patas, y ya porque tenia dinero. Poderosísima razón para ser bien querido entre las damas.

Sin embargo, yo desairé á todas las ronas y hubiera desairado al Preste Juan en aquel momento, pues no queria quebrantar mis promesas.